

La angustia en Macabea: una lectura heideggeriana de *La hora de la estrella* de Clarice Lispector

Paloma Souto¹

Estudiante de Letras, Facultad de Humanidades
 Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
paloma.souto06@gmail.com

Recibido 13 de septiembre de 2023 , aprobado 20 de noviembre de 2023

Resumen: *La hora de la estrella* (1977) es el último texto de la vida de Clarice Lispector (Chechelnyk, Ucrania, 1920 - Río de Janeiro, Brasil, 1977), a partir del cual nos proponemos analizar la angustia como problema filosófico mediante el personaje de Macabea, la protagonista de la novela que escribe el personaje narrador, caracterizada como una muchacha incapaz de vivir en este mundo. Es mediante la concepción de la angustia de Martín Heidegger que leemos, en la configuración del personaje protagonista, un arrojo (existencial) al mundo y a la narración, al tiempo que advertimos la presencia de la nada como preámbulo del sentimiento angustioso, sitio que, desde nuestra hipótesis de lectura, habita casi como una constante. Es así que Macabea, en tanto existente humano (*dasein*), se halla devorada por el mundo, caída en infinitas posibilidades que habitan lo imprevisto y culminan en los hechos, lo cual nos permite, desde una visión heideggeriana, leer hacia el final del texto, en su muerte, la posibilidad que habita en todas las posibilidades posibles y la marca fundamental de su existencia.

Palabras clave: Clarice Lispector, *La hora de la estrella*, Martín Heidegger, angustia, existencialismo.

Anguish in Macabea: a Heideggerian Approach to *The Hour of the Star* by Clarice Lispector

Abstract: *The Hour of the Star* (1977) is the last text of Clarice Lispector's life (Chechelnyk, Ukraine, 1920 - Rio de Janeiro, Brazil, 1977) on the basis of which we aim to analyze anguish as a philosophical issue through Macabea's character, the protagonist of the novel written by the narrator, pictured as a girl incapable of living in this world. It is by means of Martin Heidegger's conception of anguish that we acknowledge, in the configuration of the main character, an (existential) courage towards the world and narrative, while we notice the presence of nothingness as a preamble to the feeling of anguish, where, based on our hypothesis, the girl lives in almost constantly. Consequently, Macabea, as a human existent (*dasein*), is devoured by the world, fallen into infinite possibilities that inhabit the unforeseen and culminate in facts; all of which allow us, from a Heideggerian approach, to read towards the end of the text, upon her death, the possibility that inhabits in all possible

¹ Con aval de la Dra. Candelaria Barbeira, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.

possibilities and the fundamental imprint of her existence.

Keywords: Clarice Lispector, *The Hour of the Star*, Martin Heidegger, anguish, existentialism.

Y sobre todo mirar con inocencia. Como si no pasara nada, lo cual es cierto.
Alejandra Pizarnik «Extracción de la piedra de locura»

Una entrada por la puerta del fondo

En el presente trabajo nos proponemos analizar la novela *La hora de la estrella* de Clarice Lispector, a partir del concepto de angustia de Martín Heidegger y mediante la figura de Macabea, personaje protagonista que representa, desde nuestra hipótesis de lectura, el modelo de *existente humano* que explicita el andar en el tiempo: un tiempo que se consume en hechos y hechos que culminan en una muerte. Esta última es la protagonista arquitectónica de *La hora de la estrella* y el acontecimiento que, para Heidegger, configura al existente humano en tanto “es preciso que el hombre haya aceptado tal evento, no porque la muerte viene desde fuera y nos es impuesta en cierto sentido, sino porque está dentro de nosotros, en la estructura existencial de nuestra existencia” (Heidegger, 1974, p. 26)².

La hora de la estrella nos permite, a partir de una lectura heideggeriana, pensar desde lo más cercanamente lejano de “la existencia, que es precisamente el drama de nuestro vivir, drama sin solución en tanto es vivido en su inmediatez de dato vital, que en sí no se explica; drama que es profunda inquietud y angustia” (Heidegger, 1974, p. 17), a través de una narrativa que se presenta como trivial, con el propósito de exponer la pureza oculta de la existencia, al tiempo que hace de su presencia el error, el desvío o “lo que impide a la realidad realizarse ... lo negativo que toda forma del ser lleva en sí, el vacío que cada forma debe llenar, lo que falta, lo que no es: la nada” (Heidegger, 1974, p. 16), que le otorga el paso a la angustia para que corrobore la contracara del existir.

² Este artículo forma parte de la adscripción a una investigación en el proyecto titulado “Crisis y subjetividad en la literatura latinoamericana (siglos XIX-XXI)”, a partir del cual he iniciado esta labor. El plan de investigación que enmarca el siguiente texto se denomina “la angustiosa atracción de la existencia en los textos tardíos de Alejandra Pizarnik y Clarice Lispector”, del cual expondremos a continuación un fragmento, ya que en esta oportunidad pondremos el foco de atención en la escritora Clarice Lispector y lo que denominamos su último escrito hacia una filosofía existencial: *La hora de la estrella*.

En cuanto a la figura literaria de Clarice Lispector y a su legado escrito, podríamos decir que ha sido de aquellas presencias disruptivas en el mundo de la literatura³ y, en esta línea, hemos elegido *La hora de la estrella* por ser la última conexión con el mundo literario de la vida de la autora, y por ser el último escrito hacia una filosofía existencial que tanto la caracterizó y que buscamos analizar. Para llevar a cabo esta tarea, resulta importante destacar el contexto de producción durante siglo XX en Latinoamérica, particularmente si tenemos en cuenta que esta novela fue escrita hacia los últimos años del siglo, momento en el cual surgen experimentaciones en el ámbito artístico y literario que “en su apertura y su vulnerabilidad ante el mundo, este tipo de arte y de escritura conjuga lógicas diferentes y desestabilizadoras que exponen una vulnerabilidad del sujeto y de la experiencia” (Garramuño, 2009, p. 46).

En este momento se destacan fuertes crisis en la subjetividad latinoamericana, que acarrearán lo que dejó la época moderna y que resulta interesante pensar en la medida en que, en pleno siglo XX, surge el existencialismo como corriente filosófica entre el lapso de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, para poner el foco de atención en la propia existencia humana. Este camino que inicia por Søren Kierkegaard, seguido, entre otros, por Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre, pronto se convertirá en una vanguardia literaria, y tomará cuerpo en la subjetividad moderna y contemporánea. En relación al ámbito de lo experiencial en la subjetividad del siglo XX, Florencia Garramuño analiza el contexto de la literatura latinoamericana y las dificultades de este período para aludir a la obra de Clarice Lispector:

A partir de ese sujeto cuyos límites porosos permite la entrada de una realidad que lo desborda, la escritura de lo real despedazado posibilita pensar una forma de experiencia diferente. Como dice el narrador-personaje Rodrigo S. M. Relato de *La hora de la estrella*: “transgredir, sin embargo, mis propios límites, me fascinó de repente. Y fue cuando pensé en escribir sobre la realidad, ya que ésta me supera”. (Garramuño, 2009, p. 38)

³ Por ese motivo también la hemos vinculado a la poeta Alejandra Pizarnik, en tanto consideramos que de alguna forma provienen ambas de un mismo y recóndito lugar.

Hacia la especificidad de la obra de Clarice Lispector: una mirada

En el año 1977 se publica *La hora de la estrella*, una novela que pone de manifiesto la vida de una muchacha nordestina, Macabea, a través de una historia contada desde la mente de un escritor angustiado, Rodrigo, que traza la existencia de la joven de forma extremadamente solitaria y desconectada del mundo: con un empleo al borde del despido, sin familia ni, al menos, alguna persona con quien entablar una conexión con el mundo y sin un plato de comida digno de ser comido (aunque ella no entienda lo que signifique, en tanto se halla despojada del mundo, que algo sea digno). Macabea apenas tiene conciencia de que existe: su vida transcurre azarosamente hasta el punto cúlmine: su muerte, la respuesta a su existencia, una elección del destino. Este último, el destino —o las posibilidades que habitan en él— es quien parece dirigir esta historia o, al menos, poner manos en el guión de los hechos.

Con especial atención en la muchacha, personaje principal de la novela que, de acuerdo a nuestra hipótesis de lectura, configura una representación nítida de la angustia de tinte heideggeriano, proponemos analizar tal temple de ánimo como problema filosófico. Por este motivo, a lo largo del análisis se entrelazan características claves de la peculiar obra de Lispector con nociones fundamentales de Martin Heidegger, en tanto el narrador, Macabea y los hechos, de algún modo, las patentan. El tiempo, el destino y la muerte son los puntos que conforman un hilo constante a lo largo de la novela, y descansan en la esplendorosa y final hora de la estrella, en la medida en que pareciera ser que todo se envuelve en una historia que se cuenta sola, la historia de todo existente humano o, dicho de otro modo, un existencialismo contado desde lo más miserable de la existencia.

En su obra, Lispector se dedica a jugar con los límites entre lo literario y lo no-literario que, de acuerdo a lo expuesto por Garramuño, desemboca en la idea de que maneja “cierto rechazo al supuesto literario, un tipo de escritura que violenta los límites entre lo que es y lo que no es ‘literario’” (Garramuño, 2009, p. 31). Esta cuestión disruptiva y problemática, que caracteriza a la autora, se ve reflejada al comienzo de *La hora de la estrella* cuando escribe en un especial apartado: “dedicatoria del autor (en verdad, Clarice Lispector)” (Lispector, 2011, pp. 17-18). La ruptura literaria o la originalidad de la escritura que incomoda, algo que la autora maneja de forma única y que en este texto busca la simultaneidad entre los hechos narrados y la escritura —y lectura—, será una constante en la novela. Se refleja claramente hacia el final del mismo apartado, antes de comenzar con la narrativa, en el momento en que dice:

Esta historia sucede en estado de emergencia y de calamidad pública. Se trata de un libro inacabado porque no tiene respuesta, respuesta que, espero, que alguien en el mundo me dará. ¿Ustedes? Es una historia en tecnicolor para tener algún lujo, por Dios, que yo también lo necesito. Amén por todos nosotros. (Lispector, 2011, p. 18)

Un aspecto interesante y en estrecha relación con el juego entre lo establecido y el problema —si hay un personaje principal en toda la obra de Lispector, sin duda es el problema mismo— es la presencia de una conexión entre los personajes —con la autora— que va más allá o, más bien, que habita en la profundidad de lo escrito. Podríamos decir, de acuerdo al artículo de Gonzalo Aguilar, que “Rodrigo es [un otro] de Clarice así como Macabea lo es de ambos” (Aguilar, 2011, p. 11) en la medida en la que Macabea, el personaje a través del cual según una posible perspectiva heideggeriana se patenta la angustia, es nordestina al igual que la autora. En esta línea, el crítico afirma que “con esta historia, Clarice recobra parte de su pasado” (Aguilar, 2011, p. 9) que constituye sus primeras experiencias de vida y un mundo social complejo, distante —y diferente a la esplendorosa ciudad de Río de Janeiro—, marginado, pobre e iletrado. De este modo, la autora le otorga un lugar hacia el interior de la cultura letrada a un espacio o grupo social que siempre estuvo en el margen, concepto este último que resulta de gran relevancia al tratarse de Clarice Lispector, ya que, de acuerdo con el análisis de Garramuño:

La hora de la estrella ... recoloca otra noción de margen, al convertir la novela de la mujer burguesa en la de una nordestina nómada que no encuentra su lugar en la ciudad de Río de Janeiro. En este caso, la marginalidad no sólo se lee temáticamente en la elección del personaje, sino también en la constitución de una forma de narrar esa historia desde otro margen: el de un narrador aislado, híbrido y que, simultáneamente, se acerca y se aleja de su materia narrativa. (Garramuño, 2009, p. 75)

El narrador, Rodrigo, al igual que la autora son escritores y, a su vez, comparten no solo un mismo estrato social, sino que también resultan ser

muy parecidos. La diferencia entre ellos está en que Rodrigo es hombre y, de este modo, Lispector, en *La hora de la estrella*, decide narrar a través de la letra masculina. En este sentido, Ítalo Moriconi afirma que: “el mismo narrador, el sadomasoquista Rodrigo, bien puede ser una imagen travestida de la autora” (Moriconi, 2011, pp. 113-114) en referencia al siguiente pasaje de la novela:

Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo: estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo porque soy un desesperado y estoy cansado, no aguanto más la rutina de serme y si no fuese la sempiterna novedad de escribir, me moriría simbólicamente todos los días. (Lispector, 2011, p. 30)

La cuestión está puesta, en definitiva, en el difícil e ilógico mundo en el que que hemos caído al tener que hacer algo con la propia existencia, en el cansancio de lidiar con el propio ser y en el hecho de escribir: una agonística y gozosa huída, una de esas salvaciones, diría Pizarnik, para crear un lugar en donde sea lo que no es (Pizarnik, 1971). Esta cuestión también está presente en el escritor, Rodrigo, que muchas veces al hablar de la muchacha, habla de sí mismo, ya que sus vidas no son muy distantes ni diferentes: soledad, estado de incomprensión del mundo e indiferencia; al tiempo que en los momentos en los que habla de la joven, introduce su persona y su experiencia individual en el mundo, complejizando la tarea del lector.

Esta concepción de la escritura de carácter disruptivo en Clarice Lispector tiene un tono especial al remarcar, en principio, que *La hora de la estrella* forma parte, de acuerdo a lo analizado por Moriconi, de una clasificación teórica de textos de la autora que se denominan *la hora de la basura*, en tanto, junto a otros escritos “posee el mismo gesto estético: una dialéctica paradójica o ambivalente entre lo sublime y la desublimación” (Moriconi, 2011, pp. 109-110). En esta misma línea, “en *Agua viva*, *La hora de la estrella* y *Un soplo de vida* domina el deseo del narrador por crear efectos de simultaneidad entre los hechos narrados y la escritura” (Moriconi, 2011, p. 113). En otras palabras, el instante-ya o una filosofía de la subjetividad (Moriconi, 2011).

En relación a esta peculiar *hora de la basura*, que la misma Lispector alentó en su libro de cuentos *El viacrucis del cuerpo*, Garramuño recupera lo dicho por esta:

Alguien leyó mis cuentos y dijo que eso no era literatura, era basura. Estoy de acuerdo. Pero hay momentos para todo. También hay momentos para la basura. Este libro es un poco triste porque descubrí, como una criatura tonta, que este mundo es un mundo de perros. (Garramuño, 2009, pp. 74-75)

Podríamos establecer entonces una continuidad, una posible especificidad en Lispector a partir de los años sesenta y setenta, donde escribe textos sumamente inquietantes y fuera de lo común, donde el término adecuado ya no sería *obra*, sino que hablamos más bien de experimentaciones (Garramuño, 2009) o de una “literatura psicologizante y experimental” (Garramuño, 2011, p. 96).

La hora de la estrella: así como escribir el sonido de la respiración

En *La hora de la estrella*, particularmente, la singularidad narrativa de Clarice Lispector está presente en la medida en la que el texto posee la característica fundamental de generar la sensación de que la narración y los hechos están sosteniéndose al borde del abismo. Estos últimos poseen una peculiar fragilidad y, dado por el mismo efecto de simultaneidad, se trabaja un más allá de la narración o, más bien, un estado puro de ella misma, de acuerdo al análisis de Aguilar sobre la novela:

La escritura de la vida de Macabea transcurre en la máxima precariedad, en el afuera más absoluto ... Regreso a la narración en su estado más puro, *La hora de la estrella* es también una salida hacia lo que está más allá de la narración: los otros, el afuera, el azar, los hechos. (Aguilar, 2011, p. 12)

En cuanto la particular forma de narrar la historia, Garramuño sostiene, en relación con la producción literaria de la segunda mitad del siglo XX, que “estas literaturas apuntan a una idea de obra para la cual el propio concepto de obra sería inapropiado; una suerte de archivo de lo real despedazado parece emerger de estas prácticas” (Garramuño, 2009, p. 27). En relación con esta idea de una descomposición de la noción de obra, un pasaje de la novela resulta ser ilustrativo: “lo que iré diciendo estará casi desnudo ... no habrá

centelleos, sino la materia opaca y, por su propia naturaleza, despreciable por todos” (Lispector, 2011, p. 25). De este modo, el narrador decide hablar desde lo imprevisto, desde el azar mismo del cual venimos y vivimos, y desde el inefable destino al que nos dirigimos continuamente, apasionándose por los “hechos sin literatura” (Lispector, 2011, p.25), como él mismo afirma y profundiza:

¿Enriqueceré este relato si uso algunos términos técnicos difíciles? Pero ahí está la cuestión: esta historia no tiene ninguna técnica, ni de estilo, ella es lo que Dios quiera. Yo por nada del mundo mancharía con palabras brillantes y falsas una vida parca como la de la dactilógrafa. (Lispector, 2011, p. 45)

En otros términos, Rodrigo hace patente una negativa a la belleza aparente de las palabras: “no se trata apenas de narrativa, es antes que nada la vida primaria que respira, respira; respira” (Lispector, 2011, p. 23).

Este respirar de la vida primaria no solo configura la narración, sino que está representado por la figura de Macabea, en tanto ella vive en un estado profundamente opaco, es decir, en el más puro, que pareciera ser la representación misma del existente humano desde la perspectiva heideggeriana, caído en el mundo, en las posibilidades del destino y en su muerte. En definitiva, la protagonista habita en una extensa miseria y representa lo miserable de la existencia humana. En tanto, Lispector —y Rodrigo— arrojan a la muchacha a la narración, así como la autora —y el narrador hacia el interior de la novela— fueron arrojados al mundo y le dan, en la medida de lo posible, una felicidad o algunos instantes de lujo que implican una tregua con la existencia, ya que, en cuanto a su naturaleza, Macabea es, en la medida en que se siente, extraña para el mundo y para sí misma: “ella vagamente pensaba desde hace mucho y sin palabras lo siguiente: ya que soy, la cuestión es ser” (Lispector, 2011, p. 43).

Macabea: una explicación de lo real

A medida que Rodrigo elabora su historia, se patenta la belleza oculta y casi imperceptible —indecible— de Macabea: la muchacha se encuentra en un estado de angustia, el temple de ánimo radical donde, según Heidegger, “hay un retro-ceder ante ... que no es ciertamente un huir, sino una fascinada

quietud” (Heidegger, 1974, p. 95), seguido por una intensa contemplación de la nada y un despojo absoluto. Ella, de naturaleza meditativa es, en palabras de Rodrigo, “casi impersonal” (Lispector, 2011, p. 70). De este modo, podríamos leer en *La hora de la estrella* conceptos claves que atraviesan la filosofía existencial y que, por ende, podemos entrelazar de forma pertinente con la concepción heideggeriana de la existencia y de la angustia, siempre en relación con el existente humano. Dichos conceptos descansan en el seno de la pregunta “¿por qué hay ente y no más bien nada?” (Heidegger, 1974, p. 112), interrogante que se plantea y existe en la medida en que haga su presencia la angustia.

La angustia que vemos latente en el fuero más íntimo de Macabea es para Heidegger una posibilidad permanente que dormita al acecho y se presenta sin explicación, que vela la palabra al tiempo que coloca al existente humano ante la nada, aquello que no podemos decir qué es y, sin embargo, está. Lugar donde la existencia se posa, en la medida en que allí se origina su esencia, constituyéndose abismal y caóticamente (Heidegger, 1974). En oposición a lo que podríamos pensar, la nada no es lo contrario del ente, sino, más bien, el origen de la esencia de este, así como Ana María Rodríguez Francia analiza:

Luego del tiempo y el ser, tenemos la impresión de hallarnos junto a lo abismal de la nada. En todo caso, todo naufraga sin que el hombre pueda detener la disolución. Nos rodea un desorden donde las existencias particulares entran en la dimensión del absurdo. Se trata de una suerte de “devolución” al caos original del que, por un movimiento de regreso, Heidegger hace surgir tal aniquilamiento como la presupuesta condición del ser. Porque ante la nada, es peculiar ontológico existencial del hombre poner el ser. (Rodríguez Francia, 2003, p. 33)

Decimos que esta concepción de la angustia está presente en Macabea, ya que a la joven le está vedada totalmente la palabra, pues no solo prefiere el silencio, sino que no puede vivir de otra forma ya que, como diría Pizarnik, no sabe “explicar con palabras de este mundo” (Pizarnik, 1971, p. 115). Este velo de la palabra se encuentra nítidamente en un diálogo con Olímpico, un joven nordestino que en algún momento de la historia fue su “única conexión con el mundo” (Lispector, 2011, p. 67):

Ella: —Disculpame pero no creo que yo sea tan persona.

Él: —¡Pero todo el mundo es persona, mi Dios!

Ella: —Es que no me acostumbré.

Él: —¿A qué no te acostumbraste?

Ella: —Ah, no sé explicarlo.

Él: —¿Y entonces?

Ella: —¿Entonces qué?

Él: —¡Mirá, me voy, sos insoportable Macabea!

Ella: —Es que yo sólo ser insoportable, no sé ser otra cosa. ¿Qué debería hacer para lograr ser soportable?

Él: —¿Podés parar de decir pavadas? ¿Por qué no hablás de algo de lo que te den ganas?

Ella: —Creo que no sé hablar. (Lispector, 2011, p. 57)

Otro punto que nos acerca a la concepción heideggeriana de la angustia tiene que ver con la aparición de la nada como preámbulo del sentimiento angustioso, que se encuentra de forma explícita en Macabea en la medida en que, según un pasaje de la novela, ella medita en una extensa nada:

No sabía que meditaba pues no sabía lo que quería decir la palabra. Me parece, sin embargo, que su vida era una extensa meditación sobre la nada. Sólo que necesitaba de los otros para creer en sí misma, si no se perdería en los sucesivos vacíos circulares que había en ella. (Lispector, 2011, p. 47)

Es importante remarcar, en este punto, que existir, en palabras de Heidegger (1974), significa estar sosteniéndose dentro de la nada. Con esto afirma que “si la existencia ... no estuviera sostenida dentro de la nada, jamás podría entrar en relación con el ente ni, por tanto, consigo misma” (Heidegger, 1974, p. 97). La cuestión está en que la nada, por más que sea el origen de la esencia de la existencia, “permanece casi siempre disimulada para nosotros” (Heidegger, 1974, pp. 98-99) ya que nos perdemos completamente en el ente, es

decir, nos olvidamos, mediante el vivir, de esa originaria nada. Paradójicamente, si tenemos en cuenta la pureza y el despojo absoluto de Macabea, en tanto extrañamiento en un sentido heideggeriano de la existencia y de los entes que la habitan (que implica el extrañarse del ente y no el envolverse en él; es decir, que constituye el momento en el cual el existente humano se recuerda —y se registra— la originaria nada como esencia de la existencia), podríamos decir que su angustia es casi una constante disimulada, a veces, por los instantes de olvido de la nada.

El extrañamiento, sentimiento fundamental, se hace patente también en el hecho de que la vida incomoda bastante a Macabea, lo cual está latente en sus preguntas: “¿vos sabés si un agujero puede comprarse?” (Lispector, 2011, p. 58). Ella, además, por el hecho de estar despojada del mundo y de sus refinamientos, capta lo que para el resto está tapado por la cotidianidad, por los destellos y lo brillante: “entre las piedras del suelo crecía hierba; ella lo notó porque siempre notaba lo que era pequeño e insignificante” (Lispector, 2011, p. 79).

En suma, tanto Rodrigo como Macabea se formulan la pregunta heideggeriana “¿por qué hay ente y no más bien nada?” (Heidegger, 1974, p. 112). En cuanto a Rodrigo, él piensa que “todo es una hueca nada” (Lispector, 2011, p. 71). En cuanto a Macabea, ella “sólo vagamente tenía conocimiento de la especie de ausencia que tenía de sí en sí misma. Si fuese una criatura que se expresase diría: el mundo está fuera de mí, yo estoy fuera de mí” (Lispector, 2011, p. 33). Este sentimiento que vuelve la vida extremadamente extraña, como un privilegio inexplicable que experimentamos o, en palabras de Rodrigo, como un “puñetazo en el estómago” (Lispector, 2011, p. 91) tiene su respuesta en relación con la perspectiva heideggeriana. En dicha perspectiva, el existente humano “se topa con un sentimiento de extrañeza que brota de la misma situación del mundo como mundo” (Rodríguez Francia, 2003, p. 31). Este acontecimiento se torna particular en Macabea, ya que para ella lo más extraño que puede existir es la realidad misma:

Acabo de descubrir que para ella, excepto Dios, también la realidad era muy poco. Se daba mejor con lo irreal cotidiano, vivía en cámara leeeenta, liebre saltaaaaaando en el aaaaire por las loooooomas, lo errante era su mundo terrestre, lo errante era lo de adentro de la naturaleza. (Lispector, 2011, p. 43)

Un arrojo, infinitas posibilidades y una muerte

El modo en el que Macabea experimenta su existencia de acuerdo con Carolina Hernández Terrazas nos remite a la idea de náusea de Jean-Paul Sartre, gran exponente de la filosofía existencialista e influenciado, en gran parte, por Heidegger, quien mediante este concepto hace referencia a lo absurdo del mundo y a la apatía respecto de una realidad que toca vivir, pero que no es elegida. En relación con este evento existencial, en la configuración de esta historia, “Macabea, la nordestina, se parece a un ser abyecto que anula su existencia y vive en una eterna náusea” (Hernández Terrazas, 2002-2004, p. 223).

De esta forma, desde el lado temporal de la filosofía existencialista, cuestión que hemos mencionado al principio de este trabajo, hay un punto interesante, Macabea, en tanto existente humano desde la perspectiva heideggeriana, se halla devorada por el mundo, caída en infinitas posibilidades que habitan lo imprevisto y culminan en los hechos, fundamento de la existencia como realización del destino (Heidegger, 1974). El tiempo, para el filósofo, es el fundamento de la existencia y la historia —el conjunto de hechos— no es en absoluto algo objetivo, sino que fundamenta nuestra existencia en la medida en la que se realizan nuestras posibilidades (Heidegger, 1974). Análogamente, para Rodrigo los “hechos son palabras dichas por el mundo” (Lispector, 2011, p. 79).

Este punto que nos recuerda el modo en el que está narrada la historia, nos lleva a pensar que Macabea, como todo existente humano, está constituida no por realidad, sino por posibilidades. Es decir, está arrojada al destino, al futuro y a la muerte, siendo esta última la posibilidad que habita en todas las “posibilidades posibles”: “la estructura existencial de nuestra existencia” (Heidegger, 1974, p. 26). Tal acontecimiento final en este juego es el principal jugador o, como dice el narrador de esta historia, el “personaje favorito” (Lispector, 2011, p. 91) y es por este motivo que decimos que la muerte de Macabea es la marca de su existencia, el destino original y latente desde el inicio de la novela, que hace que Macabea quien es, en tanto, como afirma Carolina Hernández Terrazas:

Encarna la actitud de quien siente náusea ante el mero hecho de existir
 ... se mantiene en un constante retroceso de existencia. Su muerte es
 la antiepifanía crucial, la revelación única que el autor nos marca como

la que la hace plenamente existir. La muerte es una constante desde el inicio de la novela. (Hernández Terrazas, 2008, p. 223)

La esplendorosa e inevitable hora de la muerte es la hora de la estrella y, tal como Rodrigo anticipa, es hacia el término del texto cuando Macabea tiene su hora final:

Seguramente un día moriría como si antes se hubiese estudiado de memoria la representación del papel de una estrella. Pues en la hora de la muerte las personas se vuelven brillantes estrellas de cine, es el instante de gloria de cada uno. (Lispector, 2011, p. 38)

La muerte de Macabea representa una continuidad de su accidental, opaca y azarosa vida, ya que muere sin esperarlo, sin preámbulos ni destellos: “el Destino había elegido para ella un callejón en la oscuridad y una cuneta” (Lispector, 2011, p. 88). Atropellada y arrojada al suelo se encuentra rodeada por personas que se acercaron a verla, a esperar su hora de la estrella: “la muerte es un encuentro con uno mismo. Acostada y muerta, era tan grande como un caballo muerto” (Lispector, 2011, p. 93).

En última instancia, es interesante ver, como mencionamos al principio, la importancia del tiempo en la novela, en tanto este conforma un azaroso círculo inevitable que descansa en el *nacer para morir* y, en el medio, algo: la vida, el privilegio inexplicable. Es de este modo que Rodrigo pone de manifiesto lo inefable de la existencia y de la lógica del mundo, con una conexión inexplicable, una línea fatal entre los hechos, un susurro:

El Destino (explosión) le susurró veloz y goloso: ¡es ahora, es ya, llegó mi turno! Y enorme como un transatlántico el Mercedes amarillo la atropelló; y en ese mismo instante, en algún lugar único del mundo, un caballo como respuesta se empinó en una carcajada de relincho. (Lispector, 2011, p. 87)

Como para darnos ese “puñetazo en el estómago” (Lispector, 2011, p. 91) que significa la vida, el narrador dice casi al finalizar la historia: “las cosas son siempre vísperas del morir, perdónenme por recordarles” (Lispector, 2011, p.

91). La muerte deviene posibilidad permanente, su olvido es poder vivir con algún lujo, un lujo necesario para estar y olvidarse de que se “está estando”.

Una salida lateral

En esta historia, sin explicación y sin permiso, la originaria nada se patenta mediante la angustia que es muda y enmudece. Silencio: la angustia es silencio. Macabea es silencio. *La hora de la estrella* es silencio: “juro que este libro está hecho sin palabras. Es una fotografía muda. Este libro es un silencio. Este libro es una pregunta” (Lispector, 2011, p. 26). La angustia es pregunta. No hay respuesta, no hay palabra explicativa en la medida en que la existencia nos devuelve a aquella caótica fotografía muda, capturada desde un punto inefable, y nos coloca en una paradoja inevitable del ser. La nada, el error, la obra de arte no lograda (Heidegger, 1974) está ahí, adormecida por el aparato artificial que llamamos olvido, a partir del cual podemos vivir sin remitirnos al tiempo, a los hechos, a la muerte, a la nada. Ahora, en el momento en el que la angustia hace su presencia y la artificialidad del olvido deja de funcionar, la existencia es náusea (Sartre, 2003) para el existente humano.

La hora de la estrella representa el arrojito con el que la filosofía existencialista ha figurado la posición del existente humano en el mundo, una posición miserable y confusa, inquietante e incoherente en la medida en la que carece de sentido, si se lo busca. Si no se lo busca, el sentido florece por todos lados y la existencia rebalsa de esplendor, pero esa no es la vida que Rodrigo nos presenta de Macabea ni de él mismo, porque ellos habitan la otra existencia, la absurda, la incoherente, la errática: la existencia más angustiante y libre. Ambos saben que su muerte habita en ellos, muerte a la que, irónicamente, Clarice Lispector da el lugar de resplandor, porque este evento en el mundo artificial, en el aparato del olvido, es un espectáculo que representa la hora de la estrella, principalmente para aquellas personas que no esperan su muerte, como las que se acercaron a esperar el cuerpo muerto de Macabea. Pero, la muchacha es distinta a los demás, su muerte es el retorno a la nada, a su naturaleza errante de la que casi nunca huyó como sí huyeron los espectadores de su muerte por temor a la incomodidad que genera la falta de sentido.

Hemos evidenciado que *La hora de la estrella* remueve paradojas inexplicables del ser, porque le da vida a una muchacha miserable y casi impersonal y la llama Macabea, porque le otorga una existencia más opaca aun a Rodrigo, ya que este tiene que escribir sobre la vida parca de una joven porque no le basta con vivir, sino que necesita de una historia para sobrevivir.

Necesita creer en algo, aunque sea creer llorando. *La hora de la estrella* hace del existente humano algo pequeño y frágil que necesita de algo más para estar en el mundo, porque le es imposible no intentar un mundo simbólico, de historias y de significados, de sueños y de héroes, de dioses y de fuegos, de poemas y retornos, de juegos y amores, y de música y rituales. Porque Rodrigo necesitó de Macabea y Macabea de Olímpico, y porque consumir esa necesidad nunca alcanza para cubrir con un velo la existencia. *La hora de la estrella* resulta ser el último escrito de la filosofía existencialista de Clarice Lispector.

Referencias

- Aguilar, G. (2011). La intensidad de los perros vagabundos: introducción a *La hora de la estrella*. En *La hora de la estrella*. Ediciones Corregidor, (pp. 9-13).
- Garramuño, F. (2009). *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Fondo de cultura económica de Argentina S.A.
- Garramuño, F. (2011). Una lectura histórica de Clarice Lispector. En *La hora de la estrella*. Ediciones Corregidor, (pp.95-108).
- Heidegger, M. (1974). *¿Qué es metafísica?* Ediciones siglo veinte.
- Hernández Terrazas, C. (2008). *La náusea literaria contemporánea en Clarice Lispector*. [Tesis de doctorado, Universitat de Barcelona]. Dipòsit digital de la Universitat de Barcelona. Recuperado de: <https://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/41662>
- Lispector, C. (2011). *La hora de la estrella*. Ediciones Corregidor.
- Moriconi, I. (2000 [2011]). La hora de la basura. En *La hora de la estrella*. Ediciones Corregidor (pp. 109-116).
- Pizarnik, A. (1971). *Poesía completa*. Ed. Lumen S.A.
- Rodríguez Francia, A. M. (2003). *La disolución en la obra de Alejandra Pizarnik: ensombrecimiento de la existencia y ocultamiento del ser*. Ediciones Corregidor.
- Sartre, J. P. (2003). *La náusea*. Traducción de Aurora Bernández. Editorial Losada.